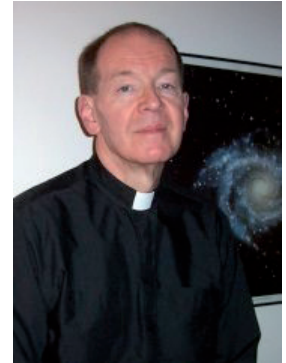


Evolución humana en contexto teológico

George L. Murphy



George Murphy has been active for many years in helping churches see the relevance of science for faith and to deal with religious issues raised by science and technology. With a Ph.D. in theoretical physics from Johns Hopkins, he taught college science courses for twelve years. Now retired from regular parish ministry, he continues to write and speak on issues of science and theology and is an adjunct faculty member at Trinity Lutheran Seminary in Columbus. His most recent books are Pulpit Science Fiction and The Cosmos in the Light of the Cross.

El Dios revelado en la cruz

Ha habido un buen número de útiles debates acerca de textos bíblicos y la evidencia científica en relación a los orígenes humanos. En este artículo quiero tomar en cuenta tanto la escritura como la ciencia de forma adecuada, pero no quiero centrarme en un análisis exhaustivo de ellas. Lo que quiero hacer es proveer una perspectiva teológica comprensiva que tenga en cuenta lo principal. Necesitamos por tanto considerar la tradición cristiana como un todo, en vez de estudiar las diversas ideas de las diferentes comunidades cristianas en las que me he criado, para acceder a las fuentes de información que las preguntas sobre la evolución nos presentan.

El acercamiento que he elegido para estudiar las relaciones entre la fe cristiana y el conocimiento científico sobre el mundo es percibirlos a ambos en el contexto de la teología de la cruz.¹ La revelación fundamental de Dios se haya en el evento de la cruz, la crucifixión de Jesús de Nazaret y la resurrección de Aquel (estos dos aspectos han de ir de la mano). Este no fue solo el medio que Dios usó para solucionar un problema, sino que supone la más profunda revelación de la verdadera identidad de Dios. Se trata de una revelación paradójica de su ocultamiento, ya que no hay nada tan alejado de nuestras expectativas acerca de Dios como el hecho de encontrar a un hombre que experimenta la muerte humillante y de total abandono de Dios de un criminal común.

Si el evento de la cruz supone la auto-revelación de Dios, podemos entonces esperar que esta sea una pista en cuanto al *modus operandi* de Dios en el mundo. La encarnación y pasión de Cristo se caracterizan por su «vaciamiento» (*kenosis*) o auto-limitación, como se describe en Filipenses 2:7. En la creación (por usar una imagen antigua) Dios obra con, y por medio de, las criaturas como «instrumentos». Dios limita tal acción y obra según las capacidades de las criaturas, de acuerdo a lo que denominamos como leyes de la física. Dios *podría* haber desplegado su poder absoluto y haber «violado» tales leyes, pero nuestra experiencia nos muestra que si eventos así ocurren, estos son extremadamente raros.

Ya que lo que observamos científicamente es el comportamiento de los instrumentos de Dios y no el de Aquel que los usa, estos se convierten a su vez en «máscaras» de Dios. De la misma forma que Dios está oculto a la observación directa en su suprema obra de salvación, Él está escondido en su continua acción en la creación: «Verdaderamente tú eres Dios que te ocultas, Dios de Israel, que

salvas» (Isaías 45:15). La regularidad de los procesos naturales que deviene de ello es un don que posibilita que comprendamos nuestro mundo de acuerdo a nuestras capacidades.

Esto nos ayuda además a comprender algo que inquieta a muchos cristianos: la presencia en la Escritura de afirmaciones sobre el mundo que la ciencia y los estudios históricos han demostrado ser erróneos. No existe, por ejemplo, una «cúpula» sobre la tierra o un océano cósmico encima de ella, como muestran Génesis 1:6-8 y el salmo 148:4.² Al inspirar a los autores bíblicos, el Espíritu Santo estaba aparentemente dispuesto a que el testimonio de la revelación se viera limitado al conocimiento sobre el cosmos de ese tiempo, presente en las culturas de aquellos autores antiguos. Tales ideas como la «acomodación» se retrotraen a la iglesia primitiva y el propio Calvino uso de ellas.³ Veremos un ejemplo importante de esto cuando consideremos el molesto tema acerca de la relación entre el pecado y la muerte.

El problema que plantea la evolución

La evolución biológica puede por tanto entenderse como la acción creativa de Dios que se lleva a cabo por medio de los procesos naturales que los científicos estudian. Los científicos no observan a Dios en estos procesos, de igual forma que tampoco lo ven en el estudio del metabolismo o de las reacciones nucleares. Una vez nos hemos dado cuenta de que los relatos de la creación del Génesis no hay que tomarlos como narrativas históricas, entonces las teorías sobre la evolución cósmica y biológica dejan de ser un desafío para la doctrina cristiana de la creación. Estas pueden ser entendidas en el contexto de la creencia en el Dios trino quien es la fuente última de todo lo que es y que participa en todo lo que ocurre en el mundo. Pero la evolución biológica, y específicamente la humana, presentan algunas cuestiones complejas a la fe cristiana en lo que respecta a la naturaleza humana, el pecado y la salvación.

Si la humanidad hubiera surgido de la manera que plantea la teoría evolutiva, se deduce que hay un montón de mal comportamiento en nuestra prehistoria. No se trata de una guerra sangrienta de todos

contra todos, ya que tanto la cooperación como la competencia juegan su papel en la evolución. Pero es que la selección natural, el factor crítico en la evolución que tanto Darwin como Wallace identificaron, implica que un cierto comportamiento egoísta por parte de nuestros antepasados hubiera jugado en su favor. Hubiera habido, por tanto, engaño, robo, promiscuidad sexual y violencia, y estas tendencias se habrían transmitido a nosotros. Esto no es solo teórico: los comportamientos de nuestros antepasados más cercanos entre los primates confirman tal escenario.

Lo cual plantea un desafío ante las ideas cristianas acerca de la bondad de la creación originaria de Dios y de la libertad humana. Un concepto teológico tradicional como la «justicia original» de la humanidad parece incompatible con esta visión. El desafío crece a la luz de la evidencia genética que afirma que la población de los primeros humanos hubo de ser bastante mayor que dos personas. Con todo esto en mente, es difícil mantener la idea de descendemos de un Adán y Eva históricos quienes fueron creados con una perfecta moral y que más tarde eligieron desobedecer a Dios. Y, si no hay una caída primordial, algunas de las formas tradicionales de entender la obra salvífica de Cristo parecen carecer de sentido.

¿Cómo vamos a enfrentarnos a estos desafíos como cristianos? Una respuesta adecuada demanda un estudio honesto de la Escritura así como la voluntad de repensar de manera respetuosa acerca de las interpretaciones de la misma que durante siglos los cristianos pensaron que habían funcionado. Además demanda que nos tomemos en serio los resultados de la investigación científica (teniendo en cuenta siempre lo tentativo de su naturaleza), ya que si Dios es el creador del mundo real tenemos que saber cómo es este mundo real. Tenemos por tanto que comprender los resultados científicos a la luz de los testimonios de la escritura —y de toda la escritura, no solo textos sueltos.

Justicia y pecado en la tradición cristiana

Para comenzar hay que decir que cuando hablamos acerca de la humanidad hay dos afirmaciones básicas en la tradición cristiana a tener en cuenta si queremos

comprender la evolución en un contexto cristiano. Primero, el pecado no es esencial al ser humano. Esto se puede apreciar de forma clara si miramos a Jesucristo, Dios encarnado, quien es plenamente humano y de hecho patrón de una humanidad genuina. (Ver Hebreos 2:6-9, donde lo que se dice acerca de la humanidad en el Salmo 8 se relaciona con Cristo como ser humano por excelencia). Pablo nos dice que «por nosotros» Dios le «hizo pecado» a aquel que de hecho «no conoció el pecado» (2 Corintios 5:21).

Segundo, todas las personas (exceptuando a Jesús) pecan. En Romanos 3 Pablo cita varios pasajes del Antiguo Testamento aludiendo a ello y concluye: «todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). El pecado fundamental es el error de no confiar en el Dios verdadero por encima de todo lo demás: el primer mandamiento es lo que viene primero. El alejamiento de Dios que viene como resultado de este error en no confiar primeramente en él es fuente de todos los otros pecados (Romanos 1:21-32). Todos nosotros compartimos esta condición pecaminosa, que es algo más que el hecho que a mucha gente le dé por pecar.

La raza humana al completo está bajo esta condición—pero no tendría que haber sido de esta forma. Para dar sentido a ambas ideas es común buscar un origen histórico a tal condición, que es lo que encontramos en los primeros capítulos de Génesis, donde encontramos los relatos de los comienzos. Las narraciones bíblicas sobre la creación de la humanidad han sido leídas de formas diversas en la tradición cristiana, una que proviene de occidente (en latín) y la otra de oriente (en griego).

La interpretación más cercana a aquellos de nosotros en la iglesia occidental es la de Agustín, obispo de Hipona en el norte de África, durante los siglos IV-V.⁴ Agustín entendió nuestra condición pecaminosa de forma tan terrible que somos incapaces de confiar en Dios o amarle aparte del donde Dios en Cristo. Esta condición se retrotrae al mismo comienzo de nuestras vidas. (Si pudiéramos elegir libremente si confiar o no cuando alcanzamos cierta edad de madurez, ¿por qué nadie elige correctamente?). La idea de que todos co-

menzamos nuestra vida con una condición pecaminosa se recoge bajo la expresión «pecado original», el pecado desde el que todos nacemos. «Antes de que el pecado se convierta en acto, es una condición», como afirma Paul Tillich.⁵

Agustín localizó esta condición pecaminosa en un pecado que era «original» en otro sentido. Se trataba del primer pecado en la historia, la desobediencia de Eva y (especialmente) Adán. Una mala traducción latina de Romanos 5:12 llevó a Agustín a afirmar que los descendientes de Adán habían pecado en él, y por lo tanto la culpa y el efecto de su pecado se habían transmitido a la raza humana.⁶ Agustín pensaba que esto se transmitía por medio de la lujuria en el acto sexual.

A esta comprensión del pecado del primer ser humano le ha solido acompañar la idea que Dios creó a Adán y Eva con una condición perfecta, lo que se corroboró por medio de descripciones acerca de su sabiduría, belleza, etc. «Aristóteles no era sino basura comparado con Adán», llegó a afirmar el obispo anglicano Roberto South.⁷ El resultado es una imagen de una abrupta caída de las más perfectas alturas al abismo de depravación.

De la cristiandad oriental nos viene otra imagen. Ireneo (originalmente de Asia Menor, quien fuera luego obispo de la Galia; finales del siglo segundo) es un importante representante de esta postura. Ireneo pensaba que Dios había creado a Adán y Eva buenos, pero no perfectos, es decir, en una condición *inmadura*, y espera que maduraran. «Pero el hombre era todavía niño y no tenía aún pleno uso de razón», escribió, y que «era necesario para el hombre alcanzar un desarrollo pleno al madurar de esta guisa». El pecado de Adán, por tanto, era uno de «inmadurez», lo que sugiere que sus efectos no eran tan serios como Agustín quiso luego reflejar. Los humanos poseían aún cierta habilidad para cooperar con Dios, una visión generalmente sostenida por la Iglesia Ortodoxa.⁸

Tanto Ireneo como Agustín pensaron que Génesis 2-3 presentaba un relato histórico del origen de la humanidad. El estudio crítico de la escritura, junto al conocimiento científico, parecen negar tal conclusión. Es importante que reconozcamos que esta conclusión tiene que ver con el tipo de literatura que tenemos en

los textos, no sobre la autoridad que los textos tienen para los cristianos. Se trata de textos importantes de la escritura, fuente y norma de la doctrina cristiana. Son textos, por tanto, que son verdaderos y afirmaciones teológicas autoritativas acerca de nuestra relación entre nosotros y con el resto del mundo y con Dios. Adán y Eva son así los representantes teológicos de los primeros homínidos con los que Dios se comunicó, y no hay por tanto que intentar identificarles con personajes históricos concretos.

Aunque no vamos a encontrar un relato histórico de los primeros humanos en los primeros capítulos del Génesis, interpretaciones como las de Ireneo parecen proveer la forma más útil de pensar acerca de los orígenes del ser humano. En primer lugar, se trata de interpretaciones más fieles al texto de Génesis que la idea de una creación original perfecta. La Biblia afirma que la creación de Dios era «muy buena» (Génesis 1:31), no «perfecta». Un mundo literalmente perfecto tendría que haber sido estático, ya que cualquier variación en esa perfección solo habría podido ir a peor. El mero hecho de que Dios manda a las criaturas que sean «fecundas y se multipliquen» muestra que esto no es lo que la Escritura quiere mostrar.

El tiempo es parte de la creación y esto implica que desde el comienzo Dios quiso que tanto el mundo como la humanidad tengan una historia. El primer relato de la creación concluye con el Sabbat, entendido en la tradición judía como señal futura del reinado de Dios como culminación de la historia. Ya en el primer capítulo de la Biblia tenemos una pista acerca del propósito que Dios desea para la creación.

Tenemos por tanto una imagen de la madurez o crecimiento de la humanidad que Dios desea en vez de encontrarnos con seres humanos completamente maduros. Una vez entra el pecado en el mundo, este crecimiento queda distorsionado. Otro representante de la Iglesia oriental, el obispo Atanasio de Alejandría, del s. IV, hablaba de que a los primeros humanos se les presentó la elección entre la vida y la «corrupción en muerte». Viene a la mente la imagen de Jesús de los dos caminos, uno que lleva a la vida y otro a la destrucción (Mateo 7:13-14). Lo que se nos presenta, por tanto en los primeros capítulos de Génesis no es

tanto una única y abrupta «caída» desde un estado de perfección en Génesis 3 cuanto un «caerse» gradual que comienza allí y que solo va a peor a lo largo de los próximos capítulos, justamente lo que recalca Génesis 6:5-7 al introducir el relato del diluvio.

Esta descripción no se ajusta, por supuesto, a la visión sobre el origen de la humanidad que nos ofrece la ciencia. Lo cual no sorprende, ya que los escritores del Génesis no tenían ni los datos derivados de la observación ni los conceptos teóricos que poseemos hoy en día. Y sin embargo la interpretación de los relatos del Génesis llevada a cabo por teólogos griegos como Ireneo armonizan mejor con el concepto general sobre el proceso evolucionario que la que encontramos en la tradición latina.

Señalamos desde el principio la consecuencia evolutiva que tiene el que los primeros humanos no hubieran sido moralmente perfectos, sino que hubieran tenido tendencias egoístas que pudieran haber tenido como resultado el daño a terceros. Esto no significa que sea pecado: no consideramos que los chimpancés sean «pecadores» cuando actúan de esta guisa. El pecado tiene que ver, en primer lugar, con nuestra relación con Dios, así que la categoría «pecado» no es apropiada para usarla antes de que Dios haya revelado parte de su voluntad a las criaturas. En caso de que Dios hubiera comunicado, de alguna forma, a las criaturas que no deberían dañar a su prójimo, entonces sí que habrían sido tentados para ignorar este mandamiento.

La humanidad hubiera conseguido, con dificultad, seguir la senda del desarrollo que Dios deseaba ya que no había sido diseñada, ya fuera por genes o por inculturación, a comportarse de esta manera. Las tentaciones, no cabe duda, hubieran sido fuertes. El pecado era, en palabras de Reinhold Niebuhr, no solos «necesario», sino «inevitable».⁹ Al negarse a confiar y obedecer a Dios la humanidad dio la espalda al propósito que Dios deseaba y eligió otra senda. Al poco ya nos habíamos desviado, alejándonos de Dios, y estábamos perdidos en el bosque a la par que la noche se cernía.

Esta es la imagen teológica que recibimos cuando leemos los primeros capítulos del Génesis. La desobediencia de Adán y Eva tuvo como resultado la fractura

de las relaciones entre ellos y con la naturaleza (Génesis 3:12-19). Caín asesina a su hermano, la Tierra se llena de violencia, y tras el diluvio Dios observa que el «instinto del corazón del hombre es malo desde su juventud» (Génesis 8:21). Aunque estos capítulos no se pueden considerar relatos históricos sobre la humanidad primitiva, sí que corresponden bien con la afirmación de Gibbon acerca de que la historia humana es «poco más que el registro de los crímenes, locuras y desgracias de la humanidad».¹⁰ La evidencia de las prácticas religiosas en la prehistoria se percibe a menudo de forma positiva, pero puede que en realidad puede que traicione la condición pecaminosa humana. En Romanos 1 Pablo describe el problema humano no tanto como falta de religión, sino como falsa religión.

Las generaciones posteriores habrían nacido sin esta condición. Biológicamente tenemos tendencias egoístas que son resultado de la selección natural. Además, hemos nacido y hemos sido criados como miembros de una tribu alejada de Dios. Respiramos una atmósfera tóxica llena de imágenes y valores idólatras desde el mismo momento que tomamos el primer aliento. Y esto es mucho más serio que el mero hecho de tener malos ejemplos delante de nosotros. Es casi «natural» para los niños nacidos en una cultura racista que sean racistas; aquellos que han nacido en esta cultura de pecado serán pecadores y aprendices de pecado.

Agustín se confundió en cuanto a Adán y Eva, pero acertó en cuanto a la seriedad de la condición pecaminosa y nuestra incapacidad para confiar en Dios por nuestras propias fuerzas. Esta separación de Dios, fuente de vida, es, como afirman Efesios 2:1-2 y Colosenses 2:13, una condición de muerte de la que no podemos escapar por nosotros mismos. Ni siquiera deseamos hacerlo. En esta condición las personas, como insisten las confesiones de fe de la Reforma, son incapaces de cooperar con Dios en la conversión: los muertos no cooperan.

Es lógico querer tener una información más precisa acerca del desarrollo original de la humanidad. ¿Cuándo y dónde vivieron los primeros humanos? ¿Cuántos eran? ¿Cómo se les comunicaba la voluntad de Dios

y cuál fue la naturaleza de la rebelión de los primeros humanos contra Dios? La investigación científica ha sido capaz de arrojar cierta luz sobre alguno de estos aspectos y podemos esperar que más luz se arroje en el futuro. Sin embargo, estamos centrados ahora en un relato teológico y no en uno histórico, y por lo tanto muchos de los detalles no tienen cabida en lo que nos interesa. Incluso en el caso de que leyéramos Génesis 3 como un registro histórico exacto, el tipo de fruta que Adán y Eva comieron sería irrelevante e imposible de descubrir.

Existe, sin embargo, una pregunta más crucial: La aparición de estas primeras criaturas, consideradas humanas en términos teológicos —*‘adham* en lenguaje bíblico— ¿corresponde a la emergencia de la especie *Homo sapiens* o a los «humanos modernos en términos anatómicos»? La propensión a dar por sentado que el cuidado y la historia de la salvación tienen que ver solo con humanos, sin incluir a otras criaturas, puede asegurarnos que así debieron ser las cosas. Pero los propósitos de Dios no son tan limitados. La esperanza bíblica es que «todas las cosas» han de ser reconciliadas con Dios por medio de la cruz (Colosenses 1:20). Si así han de ser las cosas, no hay porqué sentirse limitados a pensar que la revelación original de Dios se llevó a cabo con miembros de la especie *Homo sapiens* o con aquellos de algunas de nuestras especies ancestrales.

Pecado y muerte

Es fácil afirmar que los pecadores no regenerados se encuentran en un estado de muerte espiritual, pero ¿qué podemos decir acerca de la muerte física, la parada de nuestra maquinaria biológica? ¿Se puede también atribuir esto al pecado?

La evidencia fósil muestra que las criaturas han estado muriendo por millones de años antes de que los humanos, o los primates, hubieran aparecido. Sin embargo, algunos cristianos conservadores insisten en que no pudo haber existido la «muerte antes de la caída». Este es uno de los argumentos más atractivos del «creacionismo de la Tierra joven», es decir, la idea de que la tierra tiene solo unos miles de años de antigüedad y no los miles de millones de años que se

propugnan. Si así fuera, no sería posible que se hubiera dado una evolución importante y así los humanos hubieran haber sido creado y haber pecado antes de que ninguna criatura hubiera muerto.¹¹

Existe una gran cantidad de evidencia científica que va en contra de esta perspectiva. No hay además justificación bíblica para ello. Los textos a los que se apela —Génesis 3:19, Romanos 5:12 y 1 Corintios 15:21-22— solo tienen en mente a la humanidad. La verdadera razón por la que se afirma la teoría de la «ausencia de muerte antes de la caída» con tal intensidad que se cree que Dios *habría* creado un mundo perfecto en el que no existía sufrimiento ni muerte. Además de que es impropio dictar cómo tiene que obrar Dios, esta creencia yerra en el sentido de no comprender la revelación de la teología de la cruz. Si Dios está dispuesto a participar en el sufrimiento y muere de las criaturas para poder así llevar a cabo su propósito en la creación, no nos debiera sorprender que hubiera creado un mundo en el que desde el principio la muerte fuera parte del proceso por el que llevara a la creación hacia su meta final.

La pregunta acerca de la existencia de la muerte antes que hubiera humanos u otros animales es solo un elemento preliminar de un problema mayor. ¿Qué hacemos con la muerte humana? Pablo afirmó que «todos hemos muerto en Adán» (1 Corintios 15:22). ¿Cómo hemos de comprender esta afirmación en relación a la evidencia fósil de que nuestros antepasados pre-humanos así como los primeros humanos fueron, como otros animales, mortales?

Los primeros capítulos del Génesis no afirman de manera explícita que Adán y Eva hubieran muerto si no hubieran pecado. Atanasio pensó que habrían muerto físicamente, pero que no habrían «quedado para siempre en la corrupción de la muerte», mientras que James Barr defiende que Génesis 3 no versa sobre la pérdida de inmortalidad sino sobre la pérdida de la oportunidad de conseguirla (como sugiere Génesis 3.22).¹² Pero la tradición judía tardía de la que Pablo participaba percibía el pecado como la causa de la muerte física. Cuando Pablo habla de que la muerte vino por medio de Adán, parece claro que se referían tanto a la muerte física como espiritual.

Debemos recordar, sin embargo, que incluso si entendemos la muerte como fin de la vida biológica, posee aún unos efectos importantes que no podemos negar. El sufrimiento que puede haber a la hora de la muerte, el sentido de pérdida, lo incierto de la vida tras la muerte, el miedo ante la realidad de los cuerpos que se corrompen o incluso el remordimiento por las cosas inacabadas, pueden ser todos ellos elementos que influyan en ello. Esto es así especialmente cuando consideramos nuestra propia muerte o la de seres queridos, pero está incluso presente al pensar sobre la muerte de forma más objetiva.

Para aquellos que se asientan en la tradición bíblica, la amenaza más seria que presenta es la separación de Dios, el significado básico del pecado. Es el pecado el que convierte la muerte en algo terrible, «el último enemigo». La separación de Dios trae consigo el peligro de una condenación final. Los que viven biológicamente, pero sin Dios, de alguna forma participan ya de la muerte (Efesios 2:1-5; Colosenses 2:13). A esta condición se la denomina «muerte espiritual».

Podemos considerar, sin embargo, la posibilidad de que la muerte no tuviera que haber sido de esa forma, es decir, que la muerte biológica no tendría que haber tenido tales efectos. Se puede entender la muerte biológica como la transición a una vida futura, según el parecer de Atanasio. Lutero escribió que si Adán no hubiera pecado, «nunca habría tenido que morir», pero lo que sugiere acerca de cómo Adán «habría sido trasladado a la vida espiritual» se puede entender como una descripción de una verdaderamente feliz muerte física.¹³

Echamos la vista atrás, a la historia de la vida en la tierra desde el punto de vista como personas que hemos vivido toda nuestra vida en una atmósfera cargada de pecado. Desde tal perspectiva percibimos que la muerte que ha tenido lugar a lo largo de la evolución, especialmente en lo referente a los seres humanos, como algo más y pero que la mera muerte física. No es realmente posible, especialmente para aquellos que han confrontado y han creído la palabra de Dios, ver la muerte humana simplemente como un fenómeno biológico separado de la muerte espiritual. El pecado no fue la causa inicial de la muerte, pero

otorga un significado nuevo a la muerte que sobrevino incluso antes de que apareciera la raza humana.

Pablo pensaba en la muerte como un todo —es decir, la muerte biológica y todos los miedos que tenemos sobre ella a la luz de la separación de Dios que es el pecado. Pablo se refiere a ello tanto a nivel biológico como espiritual, aunque no llegó a separar estos dos conceptos. Desde un punto de vista científico Pablo incurrió en el error de pensar que la muerte física se originó a partir de los primeros humanos, de la misma forma que el autor de Génesis 1 se equivocara en cuanto a la cúpula que está en el cielo, pero lo importante es que el Espíritu Santo acomodó la revelación al concepto condicionado culturalmente que poseía Pablo. Pablo, por tanto, estaba en lo cierto al afirmar el concepto teológico de que el pecado convierte a la muerte en enemigo, una amenaza que solo Dios puede evitar.

Salvación como nueva creación

La afirmación cristiana que la solución definitiva de Dios para solventar el problema del pecado y sus consecuencias nos llega por medio de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, Palabra encarnada de Dios. En lo que no ha habido acuerdo, sin embargo, es acerca de *cómo* la vida, muerte y resurrección de Cristo nos reconcilia con Dios. Se han elaborado un buen número de «teorías de la expiación»: victoria sobre los poderes del mal, sustitución penal, influencia moral, etc.¹⁴

No es mi intención devaluar todas estas ideas y proponer una visión diferente y definitiva en cuanto a la expiación. Lo que quiero hacer es sugerir que cuando estudiamos la relación entre el pensamiento cristiano y la comprensión científica del mundo, la manera más útil de proceder es centrarse en la obra de Cristo como una nueva creación, un concepto que forma parte de muchas de estas teorías. Ya que el problema básico que he descrito es que el pecado ha entrado en la historia humana y ha desviado de su curso, la nueva creación supone así una *reorientación* de la trayectoria de la creación.

Para verlo con mayor detalle creo que es útil acercarnos a ello por medio de la obra de Gerhard Forde.¹⁵

Este autor afirma que deberíamos enfocarnos realmente en lo que trae la reconciliación entre Dios y la humanidad, el evento en la cruz, y no tanto en tratar de satisfacer las distintas necesidades teológicas. El resultado de centrarnos solo en la cruz es llamar la atención a lo que Dios obra en Cristo para llevar a la fe en él, algo que desgraciadamente se deja de lado en otros acercamientos.

El problema fundamental que ha llevado a la humanidad a este devenir, alejándose de Dios, es nuestra falta de confianza en el verdadero Dios. Por el contrario, como escribe Pablo en Romanos 1, las personas ponen su confianza en todo tipo de ídolos. Esta es la razón por la que la humanidad se aleja de Dios y lo que Dios tiene que corregir para que el curso de la historia vuelva a su cauce y cumpla así el propósito de Dios, es decir, reconciliar a la humanidad consigo mismo. Dios debe destruir nuestra confianza en los ídolos y crear fe en él.

El comienzo de tal obra se describe en las escrituras hebreas con la llamada que Dios hace a Abraham y su creación de Israel como pueblo que se forma a partir de un grupo de esclavos desanimados que salen de Egipto (Éxodo 6:9). No se trata de un proceso automático, sino que las personas tienen siempre la tendencia de Adán y Eva de alejarse: «Oh hijo de hombre» [mortal], le dice Dios a Ezequiel, «estos hombres han erigido sus ídolos en sus corazones» (Ezequiel 14:3). Así que los profetas inspirados han de llamar continuamente a estos a «volver a Jehovah, vuestro Dios» (Joel 2:13).

En último término Dios mismo participa en el proceso evolutivo y en la historia humana como un miembro de nuestra especie. Jesús aclara que su misión es «anunciar buenas nuevas a los pobres... proclamar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos y para proclamar el año agradable del Señor» (Lucas 4:18-21). Jesús proclama la cercanía del gobierno de Dios y en sus palabras y actos hace concreta la voluntad de Dios de sanar, traer paz y justicia. Al mismo tiempo que critica la injusticia y la falta de confianza en Dios, da la bienvenida a aquellos alejados de Dios y de sus paisanos y gratuitamente perdona sus pecados.

Pero, en nuestra alienación de Dios, ¿es difícil que lo aceptemos! Perdonar a pecadores y darles la bienvenida a la comunión es una amenaza para la religión establecida y la moral convencional. Hablar acerca de la venida del reinado de Dios implica que César no será ya nunca más rey. Las buenas noticias a los pobres pueden convertirse en malas noticias para aquellos con poder económico. Es decir, que el llamado a confiar primeramente en el tipo de Dios que presenta Jesús amenaza nuestros intereses religiosos, morales, políticos y económicos. Tenemos que desembarazarnos de él, y por medio de nuestros representantes Pilato y Caifás, es precisamente lo que hacemos. Jesús es ejecutado de forma humillante y agónica, una advertencia para cualquiera que quiere meterse con nuestros ídolos.

Entonces vuelve de los muertos y dice: «Paz a vosotros» (Juan 20:19).

Si realmente Jesús ha resucitado de la muerte, entonces está plenamente justificado para hablar por parte de Dios. No solo eso, sino que él mismo se convierte en auto-comunicación de Dios, la Palabra de Dios que es uno como nosotros. Esto significa, en primer lugar, que nuestro pecado trajo la muerte de nuestro creador, fuente de nuestra vida. Los dioses falsos de los que dependimos en nuestra vida se muestran como camino de muerte. Si estos ídolos en los que confiamos han sido desacreditados de esta forma y destruidos, en un sentido muy real implica que nosotros como pecadores morimos.

Pero el evento de la cruz no viene solo como condenación. Si el Dios verdadero se nos ha revelado en este evento, si viene ofreciéndonos paz y aceptación, entonces la fe real en nuestro creador se hace posible. Cuando esto ocurre Dios y los pecadores se reconcilian. La expiación se ha llevado a cabo, ya que el significado fundamental de la expiación no es el de sacrificio ritual, el de pagar una deuda o cumplir con una sentencia, sino literalmente el de reconciliación.¹⁶ (Tyndale acuñó esta palabra en su traducción de 2 Corintios 5:19, donde la NRSV y la NIV tienen «reconciliación»¹⁷).

Esta comprensión de la obra de Cristo debe diferenciarse de otras perspectivas que perciben el efecto

de la cruz como «influencia moral». De acuerdo con estas, la importancia de este evento se basa en que el amor de Cristo a nuestro favor evoca en nosotros un amor hacia Dios en respuesta o correspondencia. Aunque sea cierto, no son ni el amor ni la moral lo que nos salva. Lo importante es que por medio del evento en la cruz Dios crea fe. Por esta razón he llamado a esta comprensión de la expiación la «influencia fiduciaria» ya que enfatiza la *fiducia*, la confianza, el elemento esencial de nuestra fe.¹⁸

La palabra «influencia» es importante también. Cristo no es simplemente un ejemplo pasivo: las palabras de Jesús en Juan 12:32 nos hablan acerca del poder efectivo de la cruz. La fe en Cristo es obra del Espíritu Santo (1 Corintios 12:3) y no algo que podamos desarrollar por nosotros mismos. Se trata de un acto de la nueva creación, como Pablo afirma en 2 Corintios 5:17 y Gálatas 6:15. No es que los pecadores se vuelvan perfectos de inmediato, porque de hecho seguimos batallando contra el pecado el resto de nuestras vidas. Pero así como a la creación original del universo por parte de Dios «en el principio» le sigue la acción creativa continua de Dios en el mundo para conducirla a su propósito, podemos decir que a la obra inicial de Dios de rescatar a los pecadores de la muerte espiritual le sigue la renovación continua de la fe y la santificación a lo largo de la vida. Las vidas de las personas se vuelven hacia Dios, parte del proceso en el cual Dios reorienta la creación hacia el cumplimiento de su plan anunciado en Efesios 1:10, el de reunir todas las cosas en Cristo.

Todo esto ocurre cuando las personas se enfrentan al evento de la cruz, lo que sigue ocurriendo hoy cuando se proclama al Crucificado (ver Gálatas 3:1). Por ello la obra de reorientación de la creación tiene lugar de manera continua en el curso de la historia en y por medio de la comunidad cristiana.

El himno a Cristo en Colosenses (1:15-20) nos habla de que la obra de Cristo tiene un alcance cósmico. Nosotros podemos percibir el comienzo de esta más extensa reconciliación en una nueva humanidad si nos tomamos en serio la llamada de Dios de cuidar de la tierra como si fuera el jardín de Dios y a ejercitar la mayordomía de forma responsable hacia la creación

(Génesis 2:15 y 1:28). Más allá de esto solo podemos especular y no tenemos aquí el espacio para llevarlo a cabo en detalle. Espero, no obstante, que lo que se ha dicho sugiera al menos una vía para comenzar a reflexionar sobre la salvación de forma que tenga conexión con las diversas comprensiones científicas del mundo.

Notas

- George L. Murphy, *The Cosmos in the Light of the Cross* (Trinity Press International, 2003). Las ideas de este ensayo las voy a tratar de forma más detallada en un próximo libro que tiene como posible título: *Actual Atonement: Talking about Salvation in a Scientific World*. Para estudiar la teología de la cruz en Lutero, Gerhard O. Forde, *On Being a Theologian of the Cross* (Eerdmans, 1997).
- Ver, por ejemplo, Denis O. Lamoureux, *Evolutionary Creation: A Christian Approach to Evolution* (Wipf and Stock, 2008), pp. 120-125.
- Bruce Vawter, *The Inspiration of Scripture* (Westminster, 1972), pp. 40-42; Ford Lewis Battles, *Interpretation* 31 (1977): 19-38.
- Los textos relevantes de Agustín están recopilados en *Saint Agustin [sic]: Anti-Pelagian Writings in The Nicene and Post-Nicene Fathers* (Eerdmans, 1979), First Series, Volume V.
- Paul Tillich, "You Are Accepted," en *The Shaking of the Foundations* (Charles Scribner's Sons, 1948), 155.
- Romanos 5:12 dice: «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron». La preposición griega «por cuanto» se tradujo al latín como «en él» [en Adán], cambiando completamente el sentido del verso.
- Citado en Arthur S. Peake, *Christianity: Its Nature and Truth* (Duckworth, 1908), 11.
- Ireneo de Lyon, *Demostración de la predicación apostólica*, 12-16. Timothy Ware, *The Orthodox Church* (Penguin, 1963), 224-225.
- Reinhold Niebuhr, *The Nature and Destiny of Man* (Charles Scribner's Son, 1964), Volume I, p. 150.
- Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* (Random House, n.d.), Volume 1, p. 69.
- Edward B. Davis, "The Word and the Works: Concordism and American Evangelicals", en Keith B. Miller (ed.), *Perspectives on an Evolving Creation* (Eerdmans, 203), p. 43. Para leer un rechazo de la «muerte antes de la caída»: <http://www.sixdaycreation.com/facts/creation/general/nodeath.html>.
- Atanasio, *La encarnación del Verbo*. James Barr, *The Garden of Eden and the Hope of Immortality* (Fortress, 1992).
- Martin Luther, "Lectures on Genesis" en *Luther's Works*, vol. 1 (Concordia, 1958), pp. 110-111.
- Para ver un estudio reciente, Peter Schmiechen, *Saving Power: Theories of Atonement and Forms of the Church* (Eerdmans, 2005).
- Gerhard Forde, "The Works of Christ" en Carl Braaten & Robert W. Jenson (eds.), *Christian Dogmatics*, Vol. 2 (Fortress, 1984).
- N. del T.: la palabra inglesa para expiación, «atonement» contiene el significado de «ponerse a una», por lo que se suele hacer el juego de palabras «at+one+ment» y que se puede entender fácilmente como «re-conciliarse».
- Luther a. Weigle (ed.), *The New Testament Octapla* (Thomas Nelson and Sons, 1962), p. 1016. Tyndale deletreó este término así: «attonement».
- George L. Murphy, *Currents in Theology and Mission* 37 (2010): 23-27.

Título original: «Human Evolution in Theological Context» http://biologos.org/uploads/projects/murphy_scholarly_essay.pdf

Los Documentos BioLogos: son textos publicados en la web de la BioLogos Foundation: <http://www.biologos.org> (Fundación BioLogos), en la que pueden descargarse copias gratuitas en formato pdf. Las opiniones aquí expresadas pertenecen al autor y no reflejan necesariamente la opinión de BioLogos.

Traducción: esta versión traducida ha sido preparada por el Centro de Ciencia y Fe: <http://www.cienciayfe.es> (perteneciente a la Fundación Federico Fliedner: <http://fliedner.es> C/. Bravo Murillo 85, 28003 Madrid, España) con el patrocinio del programa *Evolution and Christian Faith de la BioLogos Foundation*.

Traductor: Sergio Rosell (Dr. en Teología).

Fecha de publicación original: Octubre 2010.

Fecha de publicación en castellano: Junio 2015.